

# Comentarios sobre seguridad y convivencia\*

Por **William Fredy Pérez T.**  
Profesor e investigador (Grupo *Hegemonía,  
Guerras y Conflictos*), del Instituto de Estudios  
Políticos de la Universidad de Antioquia.

## 1. Perplejidades que nos juntan

**H**ay una diferencia notoria entre el mundo de la academia (en el cual se produce prioritariamente reflexión teórica e investigación) y el mundo del gobierno (en el que se producen prioritariamente decisiones políticas). Pero esa diferencia no es lamentable, pese a que el académico suela recriminarle al gobernante la precariedad, la limitación, el exceso o el impacto de sus acciones; o pese a que el gobernante suela recriminarle al académico la quietud, la ingenuidad, la distancia o inclusive la “sospechosa” filiación de sus elucubraciones.

De hecho, salvo entre los economistas que cruzan tan fácilmente uno u otro territorio, las reuniones públicas de gobernantes y académicos no son frecuentes. Aún más, el tono que usa quien fuera un destacado profesional en alguno de esos campos, es casi siempre irreconocible cuando se desempeña en el otro. Por eso se nos presentan tan exóticos quienes, siendo gobernantes, mantienen curiosidades y afanes teóricos; pero también por eso eventualmente causan tanta inquietud los académicos que expresan directamente sus convicciones políticas y compromisos, que inciden en decisiones políticas o que se involucran en proyectos sociales transformadores.

Esa diferencia entre el gobierno y la academia no es pues una anomalía. Es consustancial a las democracias el hecho de que se ejerza una especie de control recíproco entre ambos. Un control que, cuando cuenta con el rigor adecuado, se expresa más exactamente en eso que originariamente denominamos *crítica*.

Con todo y esas diferencias, es un hecho que la academia y el gobierno no están incommunicados. De una parte, porque las decisiones que quieren ser duraderas, meditadas y eficaces necesitan, mucho más que intuición, un buen grado de información y conocimiento; menos que fuerza, argumen-

tos justificatorios; más que popularidad, legitimidad. Y de otra parte, porque muchas áreas de actividad académica necesitan, más que acumulación erudita, un acercamiento a los problemas sociales y a las decisiones con efectos colectivos que los crean o que pretenden conjurarlos; no sólo debates lógicos, sino desconciertos empíricos e información con la cual otorgarle sentido a la teoría, es decir, con la cual producir conocimiento. Para esas cosas sirve la comunicación entre ambos mundos. Y por cierto, la universidad pública como el recinto por excelencia de la diversidad, como el sitio en el cual se supone que las diferencias no asustan, habría de ser vista siempre como un escenario privilegiado para esa comunicación entre gobernantes y académicos (y entre ellos y la ciudadanía, naturalmente).

Por último, hay momentos en los cuales muchos académicos y gobernantes comparten sin embargo una misma sensación de perplejidad frente a un determinado problema. Eso lo que ocurre en nuestro caso con la siguiente cuestión: ¿por qué en Medellín y en Antioquia se mantiene tan presente o se renueva con tanta facilidad la violencia?, ¿qué hacer o qué no hacer más, para reducir su ocurrencia y su impacto?

Mucho se han investigado e interpretado causas, actores, escenarios, coyunturas y estructuras de violencia en la región, pero mucho falta por entender. Precisamente porque a cada paso que se da aparece otro actor, otro escenario, otra coyuntura... De esta historia es difícil tener una imagen actualizada. Igualmente, muchas estrategias se diseñan para modificar los factores que se suponen asociados a la violencia, pero muchas otras variables no son consideradas o intervenidas. Precisamente porque los gobiernos se ven precisados, por múltiples razones, a privilegiar o priorizar uno u otro factor, uno u otro ámbito. De la intervención, en tanto integral, es difícil tener un balance equitativo.

Por supuesto que los tiempos del político son más inmediatos, más exigentes con los resultados de esas estrategias, pero también algunos académicos se angustian con sus investigaciones e interpretaciones. No tanto porque su trabajo no sea suficientemente apreciado<sup>1</sup> sino porque no atinan a saber qué está pasando. Así mismo, es cierto que las lógicas de los académicos son más rigurosas, pero a los gobernantes también les preocupa la contradicción. No tanto por el absurdo en sí mismo, sino porque en condiciones adecuadas la incoherencia podría costarles un proyecto político. Por eso en determinadas circunstancias a gobernantes y académicos los junta la perplejidad: ¿qué pasa, qué esperamos que pase, qué más o qué menos habríamos de intentar para que no pase más?

## 2. Desorientaciones e ironías

Aunque está claro que el tema es la seguridad, se ha dicho ahora que la cuestión es ¿por qué en Medellín y en Antioquia se mantiene tan presente o se renueva tan fácilmente la violencia?, ¿qué hacer o qué no hacer más, para reducir su ocurrencia y su impacto? Se ha dicho esto para precisar más el tema, pues al parecer es la violencia lo que sigue preocupando en la ciudad y la región: muere mucha gente y hay muchos lesionados por esa causa, muchos desplazados por la fuerza, mucha gente desposeída de esa manera, muchas agresiones sexuales, retenciones contra la voluntad de las personas, amenazas de aplicar la violencia si se hace o dice, si no se hace o no se dice algo, etc.

Es posible que la ventaja de algunos violentólogos consistiera precisamente en que, ocupados de un problema ya suficientemente complejo (la-s violencia-s), aplazaran berenjenales conceptuales como el que ahora produce tan extraor-

***Son las autoridades territoriales las que asumirán los costos directos de las políticas de seguridad, criminales, penitenciarias, de negociación o de confrontación bélica, que se trazan más allá de sus fronteras.***

**...los gobiernos de las ciudades y las regiones en concreto también tienen que cargar con el peso de la defensa de una opción preventiva y social en materia de seguridad. Aquí no funciona en el corto plazo la expresión según la cual "a mi que me juzguen por los resultados". Un programa de becas estudiantiles no tiene la inmediatez de un allanamiento ni la vistosidad de un combate. Y lo cierto es que para muchos políticos nacionales una generación sólo dura tres o cuatro años, o máximo ocho.**

dinaria desorientación: a) todavía no terminamos de acordar a qué aludimos cuando mencionamos *la seguridad*, aunque tal vez sea eso lo que hace que todos estemos de su lado; b) cada tiempo nominamos esa indefinible seguridad con un adjetivo diferente y fabulosamente ambiguo: nacional, ciudadana, pública, colectiva, democrática, humana; c) la inseguridad suele terminar resumida en la delincuencia aunque, después, apenas en cierto tipo de criminalidades (¿se mide la inseguridad por el índice de adulteración de medicamentos, por la tasa de "riesgos" financieros o de desastres bursátiles?) o, d) una vez se hacen complejos el riesgo y la criminalidad, la denominación de inseguridad ciudadana se vuelca sobre incivildades, contravenciones o desórdenes (en los cuales se encontraría el germen del crimen, o a partir de los cuales se generarían percepciones ciudadanas que a veces conviene modular).

En un nivel más operativo, las confusiones —y las ironías— son también notorias. Todavía no sabemos bien, por ejemplo, a quién corresponde exactamente definir el rumbo y los contornos de la seguridad. Parece claro que ella es "responsabilidad de todos" los ciudadanos, que es "una responsabilidad compartida", pero responsabilidad compartida ¿con quién? Alcaldes y gobernadores son los jefes de policía en sus respectivos territorios, pero al parecer las decisiones básicas en la materia se encuentren más allá de sus facultades o en todo caso extremadamente expuestas a una contraorden superior que defina cada situación como problema de orden público.

Sin embargo, son las autoridades territoriales las que asumirán los costos directos de las políticas de seguridad, criminales, penitenciarias, de negociación o de confrontación bélica, que se trazan más allá de sus fronteras. Es lo que en la reforma de los años ochentas algunos denominaron como la perfecta descentralización... del conflicto.

De hecho, a veces da la sensación de que los gobiernos locales y regionales devinieran mecanismos para intervenir apenas "el desorden que deja la fiesta". Y no sólo la fiesta de las políticas nacionales de seguridad, pues son los campos y ciudades los que en concreto padecen el desempleo, la pobreza y, sobre todo, la desigualdad (también de distribución del bien de la seguridad y del mal del castigo). Son las regiones, los campos, las ciudades en concreto las que sufren también el extraordinario poder del mercado; un mercado sobre el que no tienen capacidad seria de intervenir los poderes públicos locales y regionales, como no sea para tratar de curar las heridas que dejan los negocios mineros, financieros, de salud, de educación (aunque también, por supuesto, cómo no sea para participar en esos mercados o aceptar un poco más su maquinaria).

También en territorios concretos es donde, a instancias de decisiones incontrolables para sus autoridades, se sienten los efectos de una sociedad cultural y materialmente militarizada. Es decir, una sociedad en la que *sólo legalmente* cientos de miles de personas tienen contacto permanente con armas de fuego (fuerza pública, seguridad del Estado, policía judicial, vigilancia privada, civiles con autorización de porte o tenencia, etc.); y una sociedad sobre la cual *sólo legalmente* se emiten constantemente mensajes sobre el dolor como forma de resolver muy diversos conflictos: prisión, prisión y prisión. Como saben muchos expertos en el tema, los linchamientos se relacionan no sólo con aprendizajes surgidos de violencias privadas.

También los gobiernos de ciudades y pueblos son quienes tienen que esforzarse sobre el terreno para diferenciar problemas de convivencia y problemas bélicos, es decir, problemas que las legislaciones y los planes nacionales tienden

a resumir bajo un mismo principio de “seguridad” (nacional, ciudadana, democrática...). Las decisiones de seguridad que se toman en relación con las universidades públicas en Colombia, por ejemplo, localizadas en jurisdicciones municipales concretas, requieren constantemente de un cuidadoso ejercicio de distinción como ese; sobre todo para que las formas de intervención no deriven en un desplazamiento del problema hacia otro nivel.

Y, finalmente, los gobiernos de las ciudades y las regiones en concreto también tienen que cargar con el peso de la defensa de una opción preventiva y social en materia de seguridad. Aquí no funciona en el corto plazo la expresión según la cual “a mi que me juzguen por los resultados”. Un programa de becas estudiantiles no tiene la inmediatez de un allanamiento ni la vistosidad de un combate. Y lo cierto es que para muchos políticos nacionales una generación sólo dura tres o cuatro años... o máximo ocho.

### 3. Aciertos y precauciones

La opción por la intervención social es acertada. Si se sostiene en el tiempo, y sobre todo si alguna vez ella logra tocar el témpano de la desigualdad, es posible que se rompa lentamente el curso de oportunidades y aprendizajes de la violencia. En ese sentido la persistencia local y regional es destacable, pese a las desventajas y a las ironías adicionales que han de experimentar ciudades y campos concretos: la *percepción* de seguridad que tengan sus habitantes podría depender todavía del trino que aparezca en una popular cuenta de *twitter*.

Con todo, los programas de reducción de la violencia tienen amenazas externas más serias que esa. Por ejemplo, el fracaso de las conversaciones actuales para desactivar la confrontación armada. Pero tienen también la necesidad de tomar precauciones frente a los efectos colaterales y de largo plazo de otras políticas impulsadas en los propios ámbitos local y regional. Un ejemplo podría ser el del énfasis puesto en el individualismo, el cálculo, la racionalidad, el progreso personal y el éxito económico. La obsesión por la formación de “un ciudadano emprendedor”,<sup>2</sup> desesperadamente innovador,<sup>3</sup> fácilmente “empresarista” y profundamente competitivo, podría implicar riesgos insospechados en contextos como el nuestro. De hecho, puede así que no estemos transformando culturalmente nada, sino puliendo viejas formas negociantes que la región no acaba de lamentar.

A veces, como se sabe, no es fácil detectar relaciones en el funcionamiento de una sociedad. Para poner un ejemplo, es como el vínculo entre movilidad y cultura: el hecho de que “tener carro” sea un símbolo de status social, probablemente dificulte mucho la intervención en seguridad vial y movilidad en la ciudad. Pues bien, en esa lógica relacional es que se llama aquí la atención sobre los valores de la “Cultura E”, el “ciudadano emprendedor” y el “sujeto innovador”.

Un auditorio en Stanford posiblemente no tenga dudas sobre el alcance de las palabras de Steve Jobs. Pero tal vez debamos tomarlas con cuidado en una sociedad de entornos, oportunidades y economías como los que cruzan precisamente nuestros problemas de violencia.<sup>4</sup>

\* Una versión más amplia del texto fue presentada en la Cátedra Héctor Abad Gómez “Seguridad y convivencia en Medellín y Antioquia ¿Cómo estamos y hacia donde vamos”, celebrada en la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, el día 16 de noviembre de 2012.

#### Notas

1 Ochenta y cinco de cada cien personas en Medellín no consideran que las universidades están “comprometidas con mejorar la calidad de

vida de la población”. Medellín cómo vamos. “Encuesta de percepción ciudadana. Ciudadanía, autoridades y buen gobierno”. Medellín, 2012 [en línea]. Disponible en: <http://www.medellincomovamos.org> (consultado el 10 de noviembre de 2012)

2 Véase: John F. Masías. *Ciudadanos emprendedores en Medellín. La formación de ciudadanos orientados al mercado en un escenario neoliberal*. Trabajo de grado. Maestría en Ciencia Política, Instituto de Estu-

dios Políticos, Universidad de Antioquia, 2012.

3 Como se sabe, la innovación surge de la intersección entre lo que es viable en el mercado, lo que es posible con la tecnología y lo que desean los consumidores.

4 “Recordar que estaré muerto pronto es la herramienta más importante que he encontrado para ayudarme a tomar las grandes decisiones en la vida. Porque casi todo —todas las expectati-

vas externas, todo orgullo, todo temor a la vergüenza— estas cosas simplemente caen ante la muerte, dejando sólo lo que es verdaderamente importante. Recordar que vas a morir es la mejor forma que conozco para evitar la trampa de pensar que tienes algo que perder. Ya estás desnudo. No hay razón para no seguir tu corazón”. Stanford News. “‘You’ve got to find what you love,’ Jobs says” [en línea]: <http://news.stanford.edu/news/2005/june15/jobs-061505.html> (Junio 14, 2005)